

Autor: Paola Andrea Valencia Ocampo

Antecedentes: Profesional en trabajo social, especialista en investigación social, bailarina de danza folclórica desde mi adolescencia, gestora de procesos culturales en el municipio de Rionegro (Ant.), integrante de la corporación COEDANZA en la cual me desempeño actualmente como presidente de la junta directiva.

¡ALGO VA BIEN!

En los corredores de una escuela se escuchan voces que van y vienen, pasos rítmicos al son de los tambores, propios de las culturas afro, que entre el ruido danzante se entremezclan con el clima frío de la región andina, en una de sus localidades citadinas (Rionegro, Antioquia); circulan entre el sudor y los cuerpos aires proclamando que en nuestro espacio, en nuestra tierra, en nuestro territorio, algo va bien.

Cuando la forma de significar la danza se traduce en expresiones como: *“me llena, me hace feliz y me engrandece como persona”* (Carolina García, 30 años), *“me nutre de conocimiento físico, emocional y social”* (Laura Silva, 28 años), *“la danza folclórica hace que mi corazón y mi mente se conecten con algo”* (Manuela Uribe, 18 años) *“puedo expresar todo tipo de sentimientos emociones y dejar fluir todo lo que mi cuerpo siente”* (Camila Gómez, 23 años), comprendo que la danza se acerca tanto al ser, que puede crearlo, reconfigurarlo, conectarlo con su pasado y con su presente.

Cuando se danza, se posibilita pensar el entre, el *ser-ahí* del hombre, traído a la reflexión por Heidegger, el ser situado en espacio (Cordero, 2014), en conclusión el territorio creado, reconfigurado y conectado con el pasado y el presente a través del ser.

Y es entonces cuando me pregunto por qué en la lógica de la modernidad, con la emergencia de mercados culturales de consumo, cada vez más tecnológicos y virtuales orientados al discurso del progreso civilizador (cine, gimnasios, centros comerciales etc.),

los jóvenes siguen encontrando disfrute en la danza como expresión del pasado y como salvaguarda de sus raíces genealógicas.

Ver madres bailando junto a sus hijos, advierte la conexión invisible con sus ancestros, logrando recrear con la danza escenarios, tradiciones, cotidianidades de vidas pasadas, olores culinarios, caídas de sol, días de labriego, tertulias comunitarias, convites, violencias y discriminación, experiencias de vida, enfermedad y muerte; ver a padres, abuelos y tíos acudir a los escenarios donde sus descendencias proclaman esa historia, refuerza la lucha por no ver desvanecer sus raíces. La danza tradicional no es la mera representación escénica, sino la herramienta que posibilita la conexión con el pasado.

“El folklor hace parte de mis raíces, la montaña, la tierra. Siento inmensa gratitud por mis ancestros y danzo en honor a ellos” es la respuesta que da Natali Tabares, de 30 años, cuando le pregunto por qué elige la danza tradicional sobre otras actividades. Así mismo, otros jóvenes aportan sentires que materializan la territorialización del pasado a través de la danza, *“el folclor se convierte en esa brújula que recorre no sólo el presente sino que permite tener latente las historias, costumbres, experiencias y tradiciones de un linaje de vida que se convierten en mis raíces.”* (Jessica Tobón, 23 años), el arte danzado se puede transformar en un elemento para proclamar la paz en nuestras comunidades, a través de vivencias compartidas, interculturales y de-colonizadoras.

“...bailar al ritmo de los tambores africanos y los vientos de los pueblos indígenas es un acto simbólico que clama por la paz y por el respeto entre las diferencias... Me ubico en el lado de la reconstrucción histórica de nuestras memorias como pueblo diverso y me proyecto como un actor que reproduce la tradición oral y musical de sus raíces porque siento que es una riqueza de la que puedo beber para alimentarme espiritualmente y a su vez me proyecto como un canal de comunicación que posicione las músicas ancestrales en la juventud de nuestro país como una posibilidad de disfrute, de paz intercultural.” (Andrés Mazo, 25 años).

No hay más salida que dejarse contagiar por las raíces, esas de nuestras numerosas familias extensas, de nuestras familias africanas, colonizadoras, indígenas y mestizas que a su vez, como si supieran el valor de lo sembrado, crearon, reconfiguraron y conectaron el pasado con el futuro, ese futuro que hoy es nuestro presente.

¡Danza! ¡Danza! porque así mantienes esa mágica y maravillosa conexión invisible con tu historia, porque tu territorio no solo es físico, sino histórico, tu territorio lo construyes desde la interacción con tu propio cuerpo, con tu espacio y con tus antepasados, con esos

otros que igual a ti encuentran en la danza una forma de transformación constante del ser; danza y sigue danzando porque en nuestro territorio “ALGO VA BIEN”.

Bibliografía

Cordero, P. (2014), Pensar el entre. Reflexiones sobre arte y territorio a partir de la analítica existencial de Martin Heidegger, revista de estudios sobre arte actual N° 2. Centro de Estudios de Fenomenología y Psiquiatría, Universidad Diego Portales, Santiago de Chile.